inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ!

Y sobre todo, oh Jesús, así como por vuestro Sacramento estáis conmigo en todas partes, concededme á mí que siempre esté con Vos, que os lleve conmigo por todas partes, por mi fidelidad; de teneros presente aun cuando haya dejado vuestros Tabernáculos, de veros continuamente, de vivir bajo vuestra vigilancia, de permanecer unido á Vos por todas partes: en el trabajo solitario, en mis relaciones de familia, en mi labor pública, en mis relaciones de sociedad, en mi comercio con el mundo; con Vos por todas partes.

Que nada me separe jamás de Vos; que hasta Vos me extienda siempre por el deseo y el amor; y que no haya una hora ni una obra de mi vida que no esté iluminada, fecundizada, santificada por el sol de vuestra presencia en el Sacramento.

LA PERPETUIDAD

DE LA EUCARISTÍA.

¡Siempre!

I. — Adoración.

Adorad á Jesús instituyendo la Eucaristía para durar hasta el fin de mundo y diciendo estas palabras memorables: «¡He aquí que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos!» Las palabras del Salvador se realizan; hace diez y nueve siglos que la Eucaristía dura y durará hasta la noche del último día del mundo, para fortificar al último de los elegidos que ha de combatir con el Anticristo.

Esta perpetuidad de la Eucaristía está llena

de maravillas; es preciso estudiarla y adorarla: es una sublime manifestación del Eterno que se oculta bajo las débiles especies del Sacramento.

La Eucaristía es el Eterno. ¡Esta Hostia ha sido consagrada esta mañana; acaba de nacer sobre el altar, en medio del profundo silencio de los misterios; va á ser consumida por el sacerdote; no ha durado más que un instante; pero á pesar de todo es el Eterno! Aquel á quien una palabra acaba de hacer aparecer, ha criado los mundos; antes que nada existiese poseía ya la plenitud de la vida. Aquel cuya vida sacramental va á extinguirse de una manera tan desapercibida, es el autor de la vida y de la muerte. Sólo Él da la vida; sólo Él la mantiene en todo lo que existe; y todo lo que muere es juzgado por Él. ¡Santa Eucaristía, yo os adoro; Vos sois aquel que era, es y será por toda la eternidad!

La perpetuidad de la Eucaristía es un espejo en que se reflejan las inefables propiedades de la eternidad divina. La eternidad es la posesión total y simultánea de una vida interminable; la eternidad es la duración, es la inmutabilidad, es la posesión siempre igual de una vida perfecta.

Pues bien; hace más de diez y ocho siglos que existís, y existiréis hasta el fin, oh Sacramento de vida. Vos poseéis la vida divina del Cristo, y su vida mortal, y su vida de gloria; y en esta plenitud estáis siempre joven, siempre fecundo, siempre omnipotente. Los largos siglos, vuestra carrera á través del mundo, los interminables atentados, las persecuciones, los sacrilegios, los malos tratamientos, nada ha podido arrancar vuestra vida eucarística. ¡Vos habéis resistido á todo! Las generaciones han pasado, los imperios han sido destruídos; y en este torrente desencadenado que se lleva todo y que nada detiene, permanecéis como roca indestructible, afirmando la eternidad de Aquel á quien contenéis, su inmutabilidad, su vida perfecta, hasta el día en que los elegidos la han de conocer por experiencia, en el reino de las delicias sin fin.

Adoremos la eternidad de Dios; adoremos la omnipotencia y el amor infinitos que han criado y que mantienen la perpetuidad de la presencia real: hay tanto poder desplegado en cada uno de los instantes de la duración de la Eucaristía, como en su misma institución.

¡Oh espectáculo sublime! Esta Hostia que un soplido podría arrojar por tierra, que una

gota de agua podría disolver, que un insecto podria devorar, es quien conduce al mundo y le da la vida. Es por ella por quien Jesús fundó la Iglesia, el papado, el sacerdocio y los Sacramentos; es por ella por quien los ídolos han sido destruídos, los pueblos hechos cristianos y la faz de la tierra renovada: adorad, alabad, cantad: es el Dios vivo, es el Eterno: *Ipse est enim Deus vivens et æternus!* (*Dan.*, IV, 26).

II.—Acción de gracias.

Si la perpetuidad de la Eucaristía manifiesta la eternidad de Dios y su poder, es también una prueba patente de su amor, de su bondad, de su condescendencia por nosotros.

Esta perpetuidad es la fuente de todo bien, de toda gracia, de todo socorro para la Iglesia y para las almas.

Si Jesús no hubiese instituído la Eucaristía más que para los apóstoles ó sus sucesores, ¿habría encendido el fuego sagrado del apostolado? ó ¿los mártires habrían encontrado la fuerza de resistir á los tormentos? ó ¿los Doctores hubieran sido iluminados? ¿Cómo hubiera vivido la Iglesia? ¿De dónde hubiera sacado

para los pueblos bárbaros que se entregaron á ella para ser formados, como para el imperio pagano, á quien ella debía transfigurar, ese alimento de las virtudes sobrenaturales que ha hecho las naciones cristianas y los santos y la civilización?

Si Jesús no se hubiese perpetuado en la Eucaristía, ¿quién lo conocería? ¿Quién le amaría? ¿Quién le amaría bastante, digo, para preferirlo á todo, sacrificarle todo, hasta unirse á El solo, y hacer de su servicio y de su agrado la pasión de una vida y la satisfacción de las más ardientes ambiciones? ¿No es la ausencia, la muerte del amor?

Si Jesús no hubiese perpetuado en la Eucaristía las virtudes, los ejemplos, los méritos, los frutos y las eficacias de la Encarnación y de todos sus misterios, de la Pasión y de todos sus sufrimientos, ¿cual sería su acción, su influencia sobre el mundo á la hora de esta?

El olvido hubiera cubierto y extinguido todo; la ingratitud de los hombres hubiera agotado la fuente de las bondades de Dios; Satanás, destronado por un momento, hubiera reconquistado su imperio; el vergonzoso paganismo se hubiera tragado para siempre á las almas y á la sociedad en su fango.

Si Jesús no permaneciese sobre este altar de la oración perpetua, en que ofrece de noche y día su sacrificio de anonadamiento, desde donde muestra á su Padre las llagas de su miembros y su corazón consumido de amor, de suspiros y de deseos; si esta mediación no fuera de una continuidad que no conoce ni fatiga, ni sueño, ni distracción, y que es ardiente, activa y obstinada como el amor mismo, ¿qué rayos no atraerían sobre el mundo nuestros pecados renovados sin cesar, nuestras monstruosas ingratitudes, las blasfemias y las apostasías de los cristianos bantizados y de las naciones rescatadas?

Por último, si Jesús no permaneciese en la Eucaristía, ¿cómo nos comunicaríamos con Dios? ¿Dónde estaría la presencia sensible del Criador de que tanta necesidad tienen las criaturas? La tierra sin la vecindad y presencia de Dios sería el destierro, la muerte, el infierno.

La Encarnación continuada, la Redención aplicada, el mundo salvado, los rayos divinos desviados, la Iglesia sostenida, Dios, el bien, la verdad, guardados aquí abajo como el patrimonio de los hijos de la Iglesia: tales son los beneficios de la perpetuidad de la Eucaristía para el mundo: dad gracias, agradeced, porque nada

de eso merecíamos: ¡sólo el Amor ha hecho y dado todo!

Y si á los beneficios de la perpetuidad para la Iglesia en general, unís los innumerables beneficios que recibís en particular, ¿qué acciones de gracias no daréis?

Jesús ha permanecido desde la Cena para esperar el feliz momento de vuestra primera comunión: diez y nueve siglos de espera, de sacrificios y de humillación no han parecido demasiado largos á su amor para guardaros y traeros al fin tan sin igual felicidad.

Él permanece también y os sigue durante vuestra vida para ser el pan de cada día, el viático de cada partida; para preservaros de los peligros, levantaros de las caídas, ocultaros á vuestros enemigos, y ser, en fin, para vosotros todo bien y todo socorro.

Él está despierto antes que vosotros por la mañana, y os espera para bendecir la labor del día; permanece en la tarde para reparar el cansancio y consagrar los frutos del trabajo; y cuando los más perseverantes en orar se retiran, cuando vais á tomar vuestro reposo, recomienza su vigilia nocturna: porque su amor no conoce reposo y sus ojos no se cierran jamás.

El permanecerá así, para que podáis siempre y á toda hora encontrarlo; jamás os hará esperar; jamás dejará de recibiros; y no podríais procurarle mayor placer que ocuparle mucho, confiarle todas vuestras penas y no tener nada oculto para Él.

Él permanecerá hasta vuestro último día para consolarle é iluminarle de esperanza, y cuando abandonéis esta tierra, dejando á los vuestros huérfanos y afligidos, Él quedará; su jornada no terminará jamás, su tarea jamás acabará; Él lo ha dicho: «Hasta la consumación de los siglos!»

Él permanece, aunque vosotros no permanezcáis, durante vuestros olvidos, vuestras frialdades, vuestras largas infidelidades, vuestras apostasías. Él queda para preparar vuestra vuelta orando por vosotros, y para recibiros, perdonaros y oprimiros contra su corazón cuando de remordimiento, de laxitud ó de arrepentimiento, volviereis, cual el hijo pródigo, á llamar á la casa paterna.

Él permanece, porque es propio del amor ser paciente, constante, infatigable y no morir jamás.

Repasad en vuestra vida las páginas de oro en que la Eucaristía ha escrito sus innumerables beneficios, y entonces daréis gracias con lágrimas al Salvador bonísimo por el don inenarrable de su Corazón.

III.—Propiciación.

Pero ¿á precio de qué sacrificios compra Jesús el derecho de permanecer siempre con nosotros en este Sacramento, cuya perpetuidad es tan bella y tan buena?

La perpetuidad lo expone desde luego al aislamiento, á la tristísima soledad en que le vemos en tantas iglesias. Si no viniese más que algunas horas por día ó un día por año, le rodearíamos y no le abandonaríamos un solo instante; sino que quiere permanecer siempre, aunque no se le visite, por las necesidades de la vida, el trabajo cotidiano, las ocupaciones del hogar y aun por los placeres legítimos: para un Dios rodeado en el cielo de una corte que no cesa de alabarlo, ¡qué condescendencia! ¡qué incomprensible sacrificio!

Si sólo se prefiriesen á Él los deberes de estado ó los que impone la caridad, como lo ha querido de antemano, lo soportaría fácilmente. Mas ¡ah! la perpetuidad misma de su presen-

cia hace que se le olvide, que se le abandone y que se prefiera á Él todo lo que atrae y seduce por los encantos de la novedad: placeres, conversaciones y pasatiempos mundanos; mejor se prefiere matar el tiempo en no hacer nada que ir á pasar algunos instantes con el más tierno de los amigos, que nos da todo su tiempo.

Hay muchos, sin embargo, cuya vocación es hacerle compañía y honrar su presencia perpetua por sus frecuentes oraciones; pero ¿qué negligencia no tienen aún éstos con Dios Nuestro Señor? Al menor pretexto se suspende la visita, ó cuando menos se le abrevia; todo lo que se presenta en concurrencia con este deber capital recae sobre Él, y, en suma, la presencia de Nuestro Señor es desdeñada.

Y, por último, los que vienen, los que consagran poco más ó menos el tiempo destinado á honrar tan augusta presencia, ¿cómo lo emplean? ¿No les parece muchas veces largo y enojoso? ¡Largo, cuando Él, el Criador, el Señor de los señores está siempre allí! ¡Enojoso, cuando Él, el Dios de la beatitud, tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres?

Lloremos, pues, y reparemos por el crimen de la ausencia, tan sensible al Corazón de Jesús.

Reparemos con nuestra presencia, multiplicando nuestras visitas, prolongándolas, estimando, lo que es verdad, «que una hora que se pase en su templo vale más que un siglo en el palacio de los pecadores».

Pero ¿qué reparaciones serían capaces de satisfacer por las irreverencias, los ultrajes y los sacrilegios de que es objeto su presencia perpetua? ¡Cuántas iglesias desaseadas! ¡Cuántos tabernáculos en que sólo se manifiesta su presencia por la humilde luz de la lámpara sagrada! ¡Cuántos cristianos pasan meses y aun años sin ir una sola vez á rendir homenaje á Aquel que los ha amado hasta el Calvario y que no puede resolverse á olvidarlos! ¡Cuántos desgraciados á quienes la sola vista de la morada de Jesús hace blasfemar tan horriblemente! ¡Cuántos sacrílegos lo maltratan, aprovechándose de la condescendencia con que quiere, aun en la obscuridad y el silencio de las noches, permanecer sin defensa en nuestras iglesias para velar sobre sus hijos que duermen y apartar de ellos los espíritus infernales!

A pesar de esto, Jesús ha jurado desde el principio que permanecería siempre: y ha dado la palabra de su amor. Así como Judas no pudo impedir que comenzara, los traidores de

todos los siglos no podrán impedir que continúe; ¡así lo debemos comprender! Pero la reparación, el amor, la fidelidad ¿no deben corresponder á tanto amor? ¡Ah! no quedemos insensibles á esta palabra que se escapa noche y día de todos los tabernáculos, como un gemido del adorable Maestro abandonado: «¡Yo he extendido todos los días mis manos hacia un pueblo que me contradice y me rechaza!»

IV.—Súplica.

«*Mane nobiscum, Domine, quoniam advesperascit:* Maestro, quedaos con nosotros, porque se hace tarde.»

Quedaos en este mundo, oh Jesús; quedaos siempre en él, á pesar de sus frialdades, su indiferencia y sus crímenes; porque sin vuestra presencia perpetua, el mundo no sería más que un campo de sangre, una sentina de vicios, una tierra en que el mal, Satanás y el pecado reinarían como dueños absolutos; quedaos para purificarla, oponed vuestra pureza á sus manchas, vuestras oraciones á sus blasfemias, vuestras adoraciones á sus idolatrías.

Quedaos con la Iglesia, oh Jesús, para vivificarla en su alma, sostenerla en sus luchas, conducirla en sus vías, consolarla en sus cuitas: quedaos ahora más que nunca, pues nunca hubo para ella horas más difíciles, y Vos sois su Esposo, su Padre y su Rey.

Quedaos con vuestro Vicario y asistidle en todas sus empresas; consoladle de la ingratitud de sus hijos rebeldes; quedaos y sostened su débil ancianidad, ¡oh Hostia de vida y de salud!

Quedaos con vuestros sacerdotes, vuestros religiosos y religiosas, é inspiradles el deseo, la necesidad, la pasión de vuestra presencia en el Sacramento. Que se mantengan dichosos cerca de Vos, que os rodeen con amor, y que comprendan que esta es su primera misión y el más poderoso de los apostolados.

Haceos conocer de los que os ignoran, oh benéfica presencia de Jesús; lanzad en sus almas algunos rayos ardientes; haced que tengan necesidad de Vos, en que habiendo encontrado en Vos el socorro ó el consuelo que buscaban, se unan á Vos para siempre.

Quedaos conmigo, oh Jesús, ahora y siempre. No me privéis jamás de vuestra presencia: ¿dónde iría, lejos de Vos? ¿Qué sería de mí sin Vos?

Yo os pido la gracia y tomo la resolución de dedicarme muy seriamente al gran deber de honrar vuestra presencia por la visita y la adoración; de prepararme á esta audiencia; de no quitar de ella sin absoluta necesidad un solo minuto; de estimar este tiempo en su justo valor; de emplearlo con la fidelidad y el piadoso apresuramiento del amor y de la gratitud.

¡Oh Jesús, quedaos!

¡Vos siempre aquí abajo en vuestro Sacramento!

¡Vos siempre en el cielo en vuestra gloria!

LA UNIVERSALIDAD

DE LA EUCARISTÍA.

¡Para todos!

I.—Adoración.

«¡Tomad y comed todos de él!»
«¡Bebed todos de él!»

Adorad á Nuestro Señor en el don universal que hace de su Eucaristía, y oid en la alegría, el amor, la admiración y en el silencio de la más profunda adoración, esta palabra liberal, generosa, magnífica, real y verdaderamente divina de Jesús: ¡Tomad y comed todos de él!—¡*Omnes*, todos! ¡Todos hoy! ¡Todos mañana! y hasta el fin de los siglos: ¡todos!

Adorad la ciencia infinita de Jesús, su pers-